

## VIII.

Pero mientras que el pueblo bajaba así en masa de sus arrabales y sus talleres para una demostracion que creia leal y cívica, algunos gefes de secta, agitadores de los clubs, instrumentos de fanatismo, agentes de sedicion, meditaban servirse de este ejército del pueblo, reclutado por un buen sentimiento, para hacerle instrumento de designios perversos ó ambiciosos. Felizmente estos hombres estaban en minoria aun en los clubs; pero compensaban su pequeño número con su audacia desesperada.

Los gefes de los clubs, informados de la reunion que debia tener lugar aquel dia, se habian concertado para ponerse á la cabeza de las columnas, bajo el pretesto de llevar la palabra en nombre del pueblo. Algunos de éstos gefes, descontentos de su aislamiento y de su impotencia, habian tramado con sus principales secuaces violentar al gobierno y hacer salir de él á algunos de sus miembros, principalmente á Lamartine, para hacer entrar en él á sus amigos, en lugar de los miembros espulsados, y cambiar así el espíritu de aquel en el sentido de sus facciones ó en el interes de sus ambiciones. Hombres emprendedores, imperiosos, armados, si no de armas bajo sus vestidos, al menos con el número y el azar de una reunion tan numerosa de que disponian, podian, en nombre del pueblo que los rodeaba, intimar al gobierno que les obedeciese y se retirase. En caso de resistencia, podian tambien derribar al gobierno por medio de un tumulto.

Estos hombres existian, y todo indicaba que tenian semejante plan, algunos gefes de clubs importantes, mas particularmente adictos al ministro de lo interior, á Luis Blanc, y aun bien dispuestos en favor de Lamartine, como Barbés, Sobrier, Snau y otros, en fin, exclusivamente consagrados al interes de su secta, y á hacer predominar sus ideas, como Cabet y Raspail, rodeaban á estos hombres de faccion, los vigilaban, los dominaban por la superioridad de crédito y de número, y podian neutralizar sus designios extremos. Blanqui y sus amigos, Lacambre y Flotte, debian marchar á su cabeza, porque era una revista del pueblo, de las ideas, de las quimeras, del bien, del mal, de las miserias, del patriotismo, de las virtudes, de los vicios y de las facciones la que iba á tener lugar.

## IX.

Informada por la mañana la mayoría del gobierno de la inmensa reunion que se formaba en los Campos-Elíseos y que afluia sin cesar de todos los cuarteles de obreros de la capital y las afueras, no se le ocultaba ninguno de los peligros que semejante masa de hombres reunidos y agitados por un espíritu desconocido podia hacer correr á la revolucion y á la misma mayoría. El ministro de la guerra no tenia ninguna fuerza que oponer á aquel diluvio del pueblo. La guardia nacional, despopularizada por su peticion de la víspera, no hubiera sido mas que un motivo de provocacion á la cólera del pueblo. Era necesario, pues, abandonarse á los azares de la jornada, y no buscar un punto de apoyo



contra el extravío posible de aquel pueblo, sino en la inspiración de ese mismo pueblo.

Todos los miembros del gobierno consagraron á ello su influencia personal y la de sus amigos. Marie pudo influir poderosamente sobre los talleres. Lamartine esparció mas de un millar de agentes voluntarios y bien intencionados entre los grupos del pueblo, para inspirarle la concordia y combatir las malas inspiraciones. Luis Blanc debió verosimilmente influir en el mismo sentido con los obreros del Luxemburgo. El proclamó errores, pero jamás las sediciones.

A mediodía hallábanse ya en el Hotel de Ville los miembros del gobierno, á escepcion de los ministros de lo interior y de la guerra, que llegaron juntos algunos momentos despues. En los muelles y en las calles oíase solo un rumor confuso. La población entera de Paris se habia dirigido á los Campos Eliseos, para componer ó formar el acompañamiento de la manifestación popular. El resto de la ciudad habia quedado casi vacío, como para hacerle lugar. Muchos ciudadanos, inquietos ó consternados estaban en los umbrales de sus puertas, ó en las ventanas, ó en los tejados, esperando lo que iba á sobrevenir.

La ciudad parecia que no respiraba. Los miembros del gobierno iban de minuto en minuto á los balcones del Hotel de Ville, á ver si se distinguía la cabeza de la columna á la altura del puente. Al fin apareció. Estaba compuesta de quinientos ó seiscientos hombres elegidos entre todos los clubs de Paris, que marchaban con orden y silenciosos detrás de sus oradores y de sus tribunos. Formados en filas de frente

de treinta á cuarenta, se adelantaban al paso lento de una procesion religiosa, asidos unos con otros de las manos, ó por largas cintas encarnadas ó tricolores, que rodeaban como un ancho círculo á cada uno de los principales grupos. Delante de cada club flotaba una bandera. Dos ó tres hombres y una muger llevaban en la cabeza gorros encarnados, símbolo de nuestras saturnales del terror. Este signo horrible parecia escitar el disgusto y la indignación en la multitud: los obreros silbaban y denostaban á los malvados que lo llevaban, ó se los quitaban de la cabeza, comprendiendo que la república de 1848 era un acto mas sério y mas humano, al que deshonraba aquel recuerdo de 1793.

Detrás de esta procesion de los clubs marchaban en orden, diez á diez, y en una sola columna, los obreros de todas las profesiones, decentemente vestidos, graves, modestos, inofensivos, silenciosos, sin permitirse ni un grito, ni un ademán, ni un gesto que pareciese amenazar ó pudiera inquietar á los demas ciudadanos, como hombres que van á ejecutar un acto tranquilo y santo de patriotismo, y que se vigilan los unos á los otros para edificar á su país.

Esta columna, ó mejor dicho, este ejército, ocupaba la plaza entera del Hotel de Ville, y se estendia desde la plaza de Greve hasta lo último de los campos Eliseos. Habria entre todos unos ciento ó ciento cuarenta mil hombres. Cuando la plaza no pudo contener mas, el refugio de esta multitud se detuvo en los muelles para esperar el desfile. Los gefes de los clubs y sus principales seides se alinearon ante la reja del Hotel de Ville. El gobierno habia ordenado al co-



ronel Rey que la cerrase y la defendiese con los dos ó tres mil voluntarios de Febrero; tropa valiente, pero en harapos é indisciplinada; heces de la sedicion, que no podian menos de fundirse con los elementos de la sedicion al ponerse en contacto con ella. Pero esta misma conformidad con los elementos turbulentos y revolucionarios de que esta tropa procedia, le daba en los tumultos menos graves la audacia y la autoridad necesarias para resistir á los sediciosos.

Cerca de una hora pasó en esta actitud el gobierno, cercado é inmóvil, pareciendo esperar una accion del pueblo, y éste por su parte una deliberacion del gobierno. Como para pasar el tiempo, la multitud, inmóvil y con la vista fija en las ventanas del Hotel, cantaba de cuando en cuando la *Marsellesa* y el aire de los Girondinos. Vivas repetidos al gobierno provisional, á Ledru-Rollin y á Luis Blanc, mezclados con otros mas raros á Lamartine, parecian indicar claramente que uno de los objetos de la reunion, en la intencion de los gefes al menos, era protestar indirectamente contra la alocucion al pueblo, que se atribuia solamente á Lamartine, y vengar á la minoria del gobierno de lo que se consideraba como una humillacion para ella, demostrando á Lamartine que el pueblo no estaba tanto por él como por los que se creian sus enemigos.

En fin, la multitud, cansada de esperar un resultado que ella misma ignoraba, pareció autorizar con su impaciencia á los delegados de los clubs para penetrar en el Hotel de Ville, y llevar en su nombre al gobierno la espresion de su adhesion y el homenaje de su fuerza. Cabet

habia penetrado solo por órden de Lamartine, y conferenció con éste en la escalera principal. Despues de las seguridades dadas por Cabet acerca de las intenciones inofensivas de los clubs, el gobierno ordenó al coronel Rey que dejase entrar solamente á los delegados de ellos, y cerrarse en seguida las verjas. El pueblo respetó esta órden, y un centenar de gefes de los clubs y de supuestos delegados del pueblo, que en realidad no eran mas que los clubistas mas exaltados, penetraron en el interior del Hotel de Ville. El gobierno se trasladó á las salas mas espaciosas para recibirlos.

El presidente del gobierno provisional, Dupont de l'Eure, anciano de ochenta y cuatro años, agobiado de cansancio, pero de corazon intrépido y de rostro sereno, estaba sentado junto al testero del gran salon; Arago, Albert, Luis Blanc, Ledru-Rollin, estaban de pié á su derecha; Lamartine, Marrast, Cremieux, Pagnerre y Garnier Pagés, de pié á su izquierda, resueltos todos á sostener la dignidad, la independencia moral y la integridad del gobierno, ó á morir.

Los clubs aparecieron representados por sus principales gefes, de los cuales la mayor parte eran desconocidos á los miembros del gobierno: algunos habian sido ya recibidos individualmente á la cabeza de sus clubs por Lamartine. Los mas notables que marchaban á la cabeza eran Blanqui, Lacambre y Flotte, aspirante de marina y satélites del primero; Barbés, Sobrier, Cabet, Raspail, Lucien, Michelot, Longepied, Lebreton, Langier, Dame y otros cincuenta ó mas oradores ó gefes de reuniones populares,



cuyos nombres y rostros eran nuevos para el gobierno. Algunos grupos de delegados del pueblo, comparsas del drama, ocupaban las salas y las escaleras detrás de los clubs: estos se colocaron enfrente del gobierno, dejando un espacio de algunos pasos entre ellos y el sillón de Dupont de l' Eure.

—¿Qué pedis, ciudadanos?" les dijo éste con voz firme.

Blanqui tomó entonces la palabra como en nombre de todos, y en un discurso mesurado en la forma, pero imperativo en el fondo, promulgó al gobierno los llamados plebiscitos de aquel pueblo, que no los conocía siquiera. Era estos el aplazamiento de las elecciones, la suspicacia contra la asamblea futura, el alejamiento de las tropas de Paris en principio y para siempre, la obediencia implícita á las voluntades dictatoriales de la multitud expresadas por medio de los clubs; en una palabra, la esclavitud del gobierno, la declaracion fuera de la ley de todo lo que no era el pueblo de Paris en la nacion, y la dictadura indefinida impuesta al gobierno bajo la condicion de que éste sufriria y ratificaria él mismo la dictadura de la demagogia soberana.

Mientras hablaba Blanqui, los semblantes de los miembros del gobierno se llenaban de indignacion y de vergüenza. Las secciones mas terribles de los clubs apoyaban con sus miradas, su actitud y sus ademanes, las palabras mas significativas del discurso de aquel, quien lo terminó intimando al gobierno, en nombre del pueblo, deliberase lo mas pronto posible sobre el texto de las resoluciones de éste, y le

hiciese conocer el resultado de su deliberacion antes de levantar la sesion.

Lamartine no se disimulaba la intencion secreta que habia inspirado este gran acto popular, ni que hubiese sido dirigido especialmente contra él. En el programa de los clubs habia reconocido uno, precisamente contrario al que el dia antes habia hecho firmar al gobierno en la alocucion á la nacion francesa. Los gritos de *¡abajo Lamartine!* y *¡viva la minoria del gobierno!* que habian dado algunos hombres del pueblo, le indicaban suficientemente la intencion de los promovedores de la gran revista. Pero Lamartine conocia tambien ciertamente que esta demostracion, exagerada y desnaturalizada por los clubs, y sobre todo, por el club Blanqui, traspasaba el objeto que parecian haberle querido dar sus organizadores. Aunque evidentemente era el mas interesado en el programa de los clubs, y por casualidad se hallaba mas cercano al orador, creyó deber guardar silencio y dejar á sus colegas, mas populares y menos sospechosos que él, á los agitadores demagogos, el cuidado de recoger la intimacion, y de vengar ó abdicar la independencia del gobierno. Vengada, bastábale á él esta satisfaccion; abdicada, la habria reivindicado en su nombre y en el de sus amigos.

Sus colegas no le dejaron mucho tiempo en esta perplejidad, pues vengaron su independencia en términos tan elocuentes como enérgicos.

Luis Blanc habló como un hombre que se identifica completamente con el espíritu de sus colegas, y que se subleva en nombre de su in-



dependencia contra la opresion misma de ideas que serian quizás las suyas si no le hubiesen sido impuestas. Su discurso desconcertó visiblemente á los agitadores populares.

Ledru-Rollin habló como hombre de gobierno que no cede en nada de su independencia y de su libertad moral, ni aun á la influencia de sus amistades, y defendió al ejército, á quien por prudencia se habia alejado momentáneamente de Paris, pero reconciliádolo lo mas pronto posible con la nacion, que tenia de su parte el derecho y la fuerza. No cedió en lo mas mínimo, respecto á las elecciones y á la soberanía de la representacion nacional, y se mostró muy hábil permaneciendo incontestable. Semejantes respuestas de hombres en quienes los agitadores tal vez habian esperado encontrar cómplices ó animacion, los redujeron por un momento á la inmovilidad y al silencio. Los mas prudentes arrastraban ya á la retirada á los demas, notándose en las filas un movimiento de retroceso como en un ejército vencido, pero fueron contenidos por un grupo de siete ú ocho hombres amigos de Blanqui, y que por encima de la cabeza de su gefe hacian frente al gobierno, decididos al parecer á los últimos extremos. Uno de ellos era un jóven adicto, dícese, hasta el fanatismo á la persona de su maestro: su rostro pálido, marcial, concentrado, estaba surcado de ciertas arrugas, que demostraban una espresion de convicciones inmutables; su estatura recta, inmóvil, tranquila, parecia encerrada en dos líneas rectangulares; su mano derecha, escondida en su gaban, abotonado hasta el cuello; la resolución fria é inflexi-

ble de su mirada, fija sobre un miembro del gobierno, traian á la imaginacion y á la vista la estatua de Bruto, meditando la última conspiracion de la libertad, con la mano sobre el puñal oculto bajo su toga.

Aunque este jóven parecia tan tímido en sus palabras como resuelta era su actitud, cuando vió que la reunion se conmovia para retirarse, levantó la voz, adelantándose algunos pasos hácia los miembros del gobierno.

—“Todas esas son buenas palabras, dijo aludiendo á Luis Blanc y á Ledru-Rollin; pero no son palabras las que nosotros necesitamos, sino actos, de que no desistiremos. No nos retiraremos, pues, sin que hayais deliberado aquí, delante de nosotros, y al instante.”

Al oír estas palabras se levantó un murmullo de aprobacion en las filas de los que le rodeaban. Un rumor de indignacion se oyó á la vez en el sitio que ocupaba el gobierno. Luis Blanc volvió á usar de la palabra, y se indignó, lo mismo que Ledru-Rollin, Cremieux, Marie, Dupont de l'Eure y todos los demas miembros presentes protestaron intrépidamente contra las intumescencias sediciosas de este grupo y de su orador. Mediaron algunas esplicaciones confusas, y se convino en que se estaba de acuerdo sobre algunos puntos del programa, que se disentia en otros, y que se deliberaria sobre todos fuera de la influencia de los agitadores, libre y dignamente, en su dia y en su hora, pero sin prometer nada ni aun prejuzgar las resoluciones del gobierno: no se queria considerar la exigencia de los clubs sino como una simple peticion.

A todas estas consideraciones, apoyadas por



la razón y la moderación de una parte de los mismos delegados de los clubs, los secuaces de Blanqui movieron la cabeza en señal de resistencia y de obstinación. Sobrier, que amaba entonces á Lamartine, y que tenía horror á la sangre, hacia inútiles esfuerzos para calmar á estos hombres extremos.—“¡Está bien, está bien, ciudadanos! exclamó al fin el orador: esos sentimientos son aceptables. ¿Pero participais todos de ellos? ¿No hay traidores entre vosotros? ¿No hay un hombre que ha empleado un lenguaje contrario á la voluntad del pueblo? Pero Lamartine, por ejemplo, ¿no está con vosotros?... —¡Que se explique, que se explique! exclamaron con voz amenazadora los sectarios del club principal.—¡No, no! gritaron Sobrier, Cabet, Raspail y Barbés. Todos los miembros del gobierno están unidos y todos merecen nuestra confianza.” Pero el orador y sus amigos continuaban interpellando á Lamartine con los ojos, la actitud y los ademanes. Lamartine se adelantó algunos pasos, hizo señas de que quería hablar, y mirando de frente el rostro pálido y amenazador de sus interlocutores:

—“Ciudadanos, dijo: he oído mi nombre, y vengo á recogerlo. Nada tengo que añadir á lo que os ha dicho hace poco, en términos tan dignos como convenientes, nuestro colega Luis Blanc. Sin duda sentís, como nosotros, en quien el pueblo ha puesto su confianza y personificándose el día del combate y de la victoria, que no hay gobierno posible sino con la condición de que tengáis el buen sentido de conferir á este gobierno una autoridad moral. La autoridad moral de este gobierno, ¿qué otra cosa es, para él

como para el público, para los departamentos, para la Europa que nos observa, sino su independencia completa de toda presión exterior? Ved aquí la independencia del gobierno, su dignidad, su única fuerza moral, no lo olvideis. ¿Y qué somos nosotros aquí? Mirad: ved ahí á nuestro venerable presidente, cargado con el peso de su gloria y de sus ochenta y cuatro años, que ha querido consagrar sus últimas fuerzas á ayudar á nuestra cabeza al establecimiento de la república (¡Bravo, bravo!), con independencia, con dignidad y libertad, y ciertamente que, en libertad é independencia, no hay un solo ciudadano francés que pueda desmentir el nombre de Dupont de l'Eure. En torno de él, ¿qué veis? Un pequeño grupo de hombres sin armas, sin apoyo material, sin soldados, sin guardias, que no tienen otra autoridad que la que el pueblo les dá respetándolos, que no buscan, que no quieren otra, que se confunden en ese pueblo de que han salido, y que no han aceptado en la república un papel tan enérgico y tan peligroso mas que para defender esos intereses populares sacrificados hasta aquí bajo la monarquía, bajo las aristocracias y las oligarquías que hemos atravesado.

“Pero para que este sentimiento produzca su efecto; para que estos principios populares lleguen á ser aplicaciones útiles, ¿qué se necesita? Que nos continuéis tranquilos y en orden la confianza que habeis depositado en nosotros. ¿Que padriamos nosotros oponer á vuestras pretensiones? Solo una cosa: vuestra misma razón; ese poder de la razón general, que se interpone aquí entre vosotros y nosotros; esa fuerza moral in-



visible, pero omnipotente, que nos inspira tranquilidad, independencia, dignidad, al frente de esas masas que rodean este palacio del pueblo defendido únicamente por su inviolabilidad, (*¡Bien; muy bien!* esclaman los clubs moderados.)

“Esta última barrera de nuestra independencia, prosigue Lamartine, la defenderíamos como gobierno y como hombres hasta la muerte, si la multitud quisiese traspasarla. Y no es solo por nosotros, sino mas bien por vosotros, por quienes nosotros pereceríamos defendiéndola. ¿Qué sería un pueblo sin gobierno, y qué un gobierno envilecido para el pueblo? (*¡Muy bien!*)

“Voy á hacerme cargo de las tres cuestiones que habeis suscitado. En la primera reclamais el aplazamiento por diez dias de las elecciones de la guardia nacional. Respecto á ella, ya en deliberaciones anteriores creemos haber prevenido vuestros propios deseos. Se nos habia hecho presente que esa masa imponente, unida, patriótica y republicana de la poblacion, que constituye el mayor elemento popular de Paris, no habia tenido tiempo de alistarse en la guardia nacional, entrando de esta suerte en el estenso cuadro patriótico que queremos forme toda la fuerza pública, y hemos concedido al efecto ocho dias primero, y prorogado en seguida este plazo hasta el 25 de Marzo. Yo no puedo, ni querria pronunciar me en este momento sobre el resultado de la deliberacion que pueda recaer sobre este punto; pero aun os quedan quince dias para inscribiros.

“En cuanto á las tropas, ya he respondido antes de ayer á una de las asociaciones patrió-

ticas de que formabais parte; no existe cuestion alguna, porque no hay otras tropas en Paris que mil y quinientos ó dos mil hombres dispersos en los puestos exteriores para la proteccion de los puentes y de los caminos de hierro, y es falso que el gobierno haya pensado llamar nuevas fuerzas á Paris. Despues de lo que ha pasado; despues que el trono destruido ha visto fraternizar ochenta mil soldados con el pueblo desarmado de Paris, sería menester que el gobierno fuese muy insensato para querer imponerle con algunos cuerpos de ejército esparcidos y animados del mismo republicanismo voluntades contrarias á las vuestras y á vuestra independencia. No hemos pensado jamas, no pensamos, no pensaremos nunca en ello. Ved aqui la verdad: comunicadla al pueblo; su libertad le pertenece, porque la ha conquistado, porque sabrá preservarla de todo desorden. La república no quiere en el interior otros defensores que el pueblo armado.

“Pero aunque hoy sea ésta la verdad, y aunque os declaremos que no queremos mas que al pueblo armado para proteger sus instituciones, no deduzcais de aqui que consentiremos jamas en la mengua de los soldados franceses. (*¡No, no! ¡Bravo, bravo!*) No deduzcais que consentimos en hacer sospechoso á nuestro valiente ejército, y que no podremos llamarle al interior, á Paris mismo, si circunstancias de guerra exigen un destino ú otro de nuestras fuerzas para la seguridad exterior de la patria.

“El soldado, que no era ayer mas que soldado, es hoy ciudadano como vosotros y como nosotros. (*¡Sí, sí!*) Hémosle dado el derecho de



concurrir con su voto de ciudadano á la representacion y á la libertad, objetos que sabrá defender tan bien como otr. fraccion cualquiera del pueblo.

“Y por lo que hace á la tercera y principal cuestion, la de la prorogacion por un largo término de la asamblea nacional, no consentiré en comprometer la opinion de mis colegas ni la mia en una cuestion que á mi parecer puede comprometer muy profundamente los derechos de todo el pais. Por respeto á nuestra independencia no quiero prejuzgar nada sobre un decreto cuya tendencia seria declarar á la nacion que Paris intentaba monopolizar la libertad y la república, y que nos haria tomar, bajo la influencia de unas masas bien intencionadas pero imperativas, la dictadura de la libertad conquistada aquí por todo el mundo, pero conquistada para la Francia entera y no para algunos ciudadanos solamente. Si me mandáseis deliberar bajo la fuerza y declarar fuera de la ley á toda la nacion, que no es solo Paris, y escluida por tres meses, por seis, por qué sé yo cuánto tiempo, de su representacion y de su constitucion, yo os diria lo que decia á otro gobierno pocos dias há: “No arrancaréis semejante voto de mi pecho, sino despues de que lo hayan atravesado las balas. (*Aplausos.*)”

“No, destituidnos mil veces de nuestro título, mas bien que destituirnos de nuestra libertad de opiniones, de nuestra dignidad, de nuestra inviolabilidad, tanto aparente como real; porque para que un gobierno sea respetado, sabedlo, es necesario que tenga, no solo la reali-

dad, sino la apariencia de la libertad. (*¡Bien, muy bien!*)

“Comprended, pues, que nuestro poder es el vuestro, nuestra dignidad y nuestra independencia la vuestra, y dejadnos, por el interes mismo de ese pueblo, reflexionar y deliberar á sangre fria, y adoptar ó rechazar los votos á que servis de órgano. No os prometemos, y por lo que á mí hace no puedo prometeros otra cosa, que pesarlos en nuestra conciencia, sin temor como sin prevencion, y decidir lo que nos parezca, no so'o la voluntad del pueblo de Paris, sino el derecho y la voluntad de toda la republica.” (*¡Muy bien!*)

La diputacion aplaudió este discurso, y algunos de sus miembros estrecharon la mano de Lamartine.

Uno de ellos dijo:—“Estad seguro de que el pueblo no está aquí para otra cosa que para apoyar al gobierno provisional.”

Lamartine respondió:—“Estoy convencido de ello; pero podria no parecer así á la nacion. Guardaos de las reuniones de esta clase, por buenas que os parezcan: los 18 brumario del pueblo podrian traer contra su voluntad otro 18 brumario del despotismo, y ni vosotros ni nosotros lo queremos.”

Un silencio profundo en el grupo de los clubs violentos, y aplausos en el grupo de los moderados, siguieron á estas palabras. Pero los mas obstinados recobraron su audacia, y con evidente tendencia de hacer salir del gobierno á Lamartine, gritaron:—“¡No tenemos confianza en todos los miembros del gobierno!—¡Si, si, la tenemos en todos! replicaron Snau, Sobrier, Bar-



bés y otras cien voces de sus amigos.—¡No, no! —¡Sí, sí!—¡Es menester obligarlos. . . !—Hay que respetarlos!” y otros mil gritos contradictorios salian de los grupos. La violencia estaba en el borde de los lábios, en el acento, en las miradas. Los miembros del gobierno permanecieron impasibles. Barbés, afecto entonces á Lamartine, Sobrier, Raspail y Cabet, se agruparon en el espacio que separaba á ambos partidos. Blanqui habia quedado inmóvil, y parecia mas bien calmar á los suyos, que ayudar y animar su insistencia.

Cabet tomó la palabra, y su discurso causó una saludable impresion en la multitud. Barbés, Raspail y otros, apoyaron las palabras de Cabet, defendiendo la independencia del gobierno. El desórden se introdujo en los grupos, la confusion en los pareceres, y los gritos de *viva el gobierno provisional!* que se oian en la plaza y demostraban la adhesion del pueblo, hicieron reflexionar á los hombres estremos. Estos clamores les dieron á conocer que si ponian la mano sobre el gobierno, grato al pueblo, la venganza de éste no tardaria en hacerles expiar su crimen. Barbés, Sobrier, Snaü y Cabet se aprovecharon de la conmocion de la columna para hacerla retroceder y librar al gobierno de supresion. Los clubs evacuaron las salas y las escaleras, y volvieron á ocupar su sitio delante de la verja del Hotel de Ville. El gobierno, llamado á gritos por cien mil voces, bajó con su presidente á la cabeza á los escalones esteriores de la escalera principal, donde fué saludado con aclamaciones frenéticas, en las cuales predominaban los nombres de Ledru-Rollin y Luis

Blanc mas que antes. Advertido Lamartine por estas aclamaciones de que el favor de la multitud mas cercana se dirigia á ellos, los dejó presentarse en primera linea al pueblo, y gozar de su popularidad: él se colocó en segunda fila, y no recibió sino alguno que otro viva.

Luis Blanc arengó al pueblo y le dió gracias por la fuerza irresistible de que habia rodeado al gobierno con su manifestacion. Engañado el pueblo por estas acciones de gracias, creyó sinceramente que acababa de ejecutar un acto de adhesion patriótica y dar un golpe de estado contra los facciosos, cuando solo habia ejecutado una presion sediciosa al gobierno en favor de la minoría de los clubs y de la minoría de Paris.

Los miembros de la mayoría del gobierno fingieron prudentemente tomar esta manifestacion por lo que era en la intencion del mayor número; pero no se disimularon á sí mismos el sentido de esta jornada, y empezaron á desconfiar de una influencia que contaba con todo, y todo lo podia. Su fisonomia aparentaba la satisfaccion y el reconocimiento, mientras que su alma estaba profundamente ulcerada por la audacia y el triunfo de los agitadores. Paris mismo no se engañó entero sobre el objeto de la manifestacion. Desde las dos de la tarde hasta las nueve de la noche, la capital vió desfilar por los bulevares y por los principales cuarteles al pueblo, no armado con fusiles, pero armado por su propio número, semejante á una de las emigraciones antiguas de una nacion entera desde la orilla de un rio á la otra orilla. Cuanto mas tranquilo, mas sobrio, silencioso, disciplinado



y gobernado por una secreta consigna parecía este ejército, tanto mas imponía su aspecto á la capital, sin amenazar, sin embargo, á nadie, tanto mas influía en los pensamientos de todos, y hacia aparecer á todos los ojos que París estaba en adelante á merced de los proletarios. Pero tambien le decia que esos proletarios, pacíficos en sus triunfos, generosos y civilizados en su fuerza, animados del instinto del orden, sublevados contra lo que creían la anarquía para sostener al gobierno que se pretendía hallarse amenazado, no era el pueblo brutal de 1793, sino el pueblo de 1848, presagio de otra civilización. Al anochecer, Lamartine salió solo y á pié del Hotel de Ville, y pasó dos horas sin ser conocido en medio de la multitud al extremo de la calle de San Honorato Vendoma, contemplando el desfile silencioso de aquella multitud.

Los trages de estos hombres eran decentes; su paso militar, y su fisonomía estaba inspirada por un rayo de fuerza y de paz. Conociase que temían atemorizar á los ciudadanos y á las mugeres, y aunque eran terribles por su número, tranquilizaban por su porte. París retemblaba bajo sus pasos. Durante doce horas que duró la reunion, no se oyó un grito demagógico, ni hubo una señal de terror, ni un insulto, ni una violencia, ni el menor accidente que deplorar en aquella multitud. Ella lo respetó todo, y se respetó á sí misma.

Lamartine entró en el ministerio de negocios extranjeros, dudando sobre la significacion que al dia siguiente se daría al acontecimiento. Sobre su intencion no se engañaba, y veía en él

una derrota escandalosa de la mayoría moderada del gobierno, y una insolente opresion de unos cuantos hombres, oculta bajo la forma de un auxilio y un homenaje á la república; una revista de las fuerzas de la minoría ultra-revolucionaria de París, mandada por algunos hombres que querían forzar y dominar á la república, intimidándola, y explotando el entusiasmo real y patriótico del pueblo por su gobierno.

Lamartine resolvió fingir que se equivocaba él mismo y aparentar tomar como un apoyo lo que en el fondo tomaba por una tiranía, pues era el único medio de no dejar á París y á la Francia llenarse de estupor y desesperar de la conservacion del orden público. Pero desde este momento se persuadió de que en torno del gobierno habia dos espíritus difíciles de conciliar hasta el fin de la dictadura. El programa de los clubs, que consistía en perpetuar la dictadura, en diferir las elecciones, en poner á la Francia fuera de la ley, y en hacer reinar por medio de ciertos hombres á una sola ciudad y á una sola clase de esta ciudad, podia tener simpatías en el círculo del gobierno. Los clubistas, los delegados de Luxemburgo, los emisarios del club de los clubs, especie de comisaría oficial que servia de intermediario entre el ministerio de lo interior y el espíritu público, parecían imbuidos de la idea de que la Francia no estaba preparada para la libertad, tal como ellos la entendían, que no se podia dejar al país que se gobernase á sí mismo; que la república les pertenecía á ellos exclusivamente por derecho de iniciativa y de superioridad democrática; que era menester reinar por ella y en su nom-



bre, y que para hacerla obedecer se necesitaba emplear el lenguaje y amenazarle con los comités de salud pública.

Lamartine y la mayoría del gobierno, por el contrario, estaban convencidos de que la libertad, monopolizada por algunos, era la esclavitud y la degradación de todo; que la próroga de las elecciones y la declaración fuera de la ley de la asamblea nacional sería la señal de la insurrección de los departamentos y de la guerra civil; que la dictadura de los que se llamaban republicanos por derecho de superioridad democrática no sería más que la dictadura del pueblo infimo á costa de violencias y de crímenes; que cada semana elevaría y devoraría uno de esos pretendidos dictadores; que en París reinaría la anarquía entre torrentes de sangre, y que el nombre de *república* perecería segunda vez en medio de la execración del presente y en la incredulidad del porvenir. En su consecuencia, resolvió Lamartine combatir á todo trance y por todos los medios legítimos los complots de los partidarios de la dictadura y de los comités de salud pública, sacrificándose, si era necesario, á la restitución más pronta y completa de la soberanía de la Francia entera y del gobierno á la representación nacional.

## XI.

Pero antes de llegar á este día había un abismo de anarquía y de despotismo eventuales que atravesar. Los hombres más sabios y experimentados del gobierno creían imposible que llegara á atravesarse en efecto. En esta idea, no

cesaban de repetir á Lamartine que intentaba una empresa quimérica, en cuya realización sucumbiría, y que el partido ultra-republicano y convencional que tenía intervención en el gobierno, y disponía de doscientos mil hombres en París, y de la influencia de los comisarios y de los clubs en los departamentos, de los industriales en todas partes, de la policía, del Luxemburgo, de la plaza pública por el alejamiento del ejército, de una mitad de la guardia nacional por el armamento de los arrabales, de los talleres nacionales por el sueldo que les daban y por su turbulencia, no dejaría que le arrancasen el poder las elecciones sin destrozar y ensangrentar antes el país.

Lamartine conocía mejor que nadie todas estas dificultades y todos estos peligros; pero tenía confianza en sus colegas, y la tenía con justicia; juzgaba á los hombres con una sagacidad benévola, es cierto, pero instintiva y rápida; además, él no había hecho la elección, y era necesario triunfar ó perecer heroica y honrosamente en la empresa, á cuya suerte se resignaba, seguro de que su muerte sería bien pronto vengada y la señal del levantamiento general contra la tiranía de los dictadores demagogos. Continuó, pues, marchando á su objeto, sin ilusiones, pero no sin esperanza, decidido á transigir ó á combatir con tal de triunfar sobre los dos puntos dominantes: la cuestión de guerra en el exterior, y la de la convocación de la asamblea nacional en el interior.



## XII.

La manifestacion del 17 de Marzo y el programa imperativo de los clubs, le habian revelado suficientemente el pensamiento de los agitadores visibles ú ocultos de aquel movimiento.

Desde dicho dia, los diarios de la revolucion, las mociones por las noches en los clubs, los oradores nómadas en los grupos, los actos, las palabras, las circulares de algunos comisarios exaltados en las provincias, las palabras escapadas con el calor de las convicciones en las conversaciones de los hombres afiliados en la intimidad de los clubs, las confidencias, las revelaciones y los pasquines, todo indicaba á Lamartine que el aplazamiento de las elecciones y la prolongacion indefinida de la dictadura eran las consignas de los comités secretos ultra-republicanos. Si estas ideas, que lisonjaban el orgullo de la poblacion turbulenta de Paris, á quien discernia su imperio, tenian tiempo de propagarse y de infiltrarse en las masas, en el estado de dogma y de pasion, la república corria graves peligros; y no hubiera sido posible estirparlas sino con el hierro. La Francia se hubiera visto obligada á reconquistar su capital derramando torrentes de sangre, y el reinado de aquella parte turbulenta y exclusiva del pueblo, explotada por tribunos á un tiempo soberanos y encadenados como el dictador soñado por Marat, hubiera sido inevitablemente un reinado de verdugos, muy pronto victimas, para hacer lugar á otros verdugos, victimas á su vez. Lamartine se estremecia por su pais de esta posibilidad, y

consagró todas sus vigiliass á evitar un desenlace tan cruel de la revolucion.

Dos medios le quedaban: la fuerza y las negociaciones. Resolvió, pues, combinarlos, empleándolas alternativamente y á todo riesgo, segun los hombres y las circunstancias con quién y en que hubiese de emplearlas.

El valiente general Negrier, que despues murió por su patria, soldado intrépido, gefe adorado de sus tropas y ciudadano antiguo, mandaba el ejército del Norte. De este ejército de veintiseis mil hombres disponia enteramente aquel general por su mando vigoroso á la par que amable, que lo ligaba á su voluntad, más por el corazon que por la disciplina. Negrier habia sido atacado algunas veces en el consejo por denuncias de algunos comisarios que desconfiaban de él, por haber servido á las órdenes de los príncipes, y que, sospechando de su fidelidad á la república, dudaban de su honor. Semejantes sospechas no tenian ningun fundamento. Su corazon podia ser de los príncipes por reconocimiento, pero su persona era de la patria por deber. El ministro de la guerra, defensor constante y animoso de los oficiales del ejército, se habia negado siempre enérgicamente á atender las acusaciones de ciertos comisarios desorganizadores. Lamartine habia tambien sostenido á los generales contra la omnipotencia revolucionaria de los procónsules, y en particular á Negrier. Como ministro de negocios estrangeros queria que hubiese un ejército disponible y completo contra las facciones en la frontera de la Bélgica que, como en 1792, podia llegar á ser de un momento á otro el campo de batalla de la



Europa. Como hombre de estado, queria ademas un núcleo de ejército en Lille, á fin de que si la demagogia anárquica y sanguinaria llegaba á triunfar en Paris, los republicanos moderados, vencidos y espulsados de este punto, tuviesen una reserva disponible en el Norte. Esta reserva, bajo las órdenes de Negrier, habria en todo caso reunido bajo sus banderas á los guardias nacionales de los escelentes departamentos de aquella parte de la Francia, y reconquistado á Paris y á la república de la tirania de los demagogos de que sin cesar estaba amenazada.

XIII.

Negrier, por su parte, sin conocer personalmente á Lamartine, habia comprendido por sus palabras y sus actos que en el ministro de negocios estrangeros habia un hombre de su mismo corazon. Un amigo del general. Mr. D\*\*\*, gefe de batallon de la guardia nacional en Paris, confidente activo de los esfuerzos de Lamartine para salvar el órden y contener la revolucion, hizo muchos viajes á los acantonamientos del ejército del Norte, y fué el inteligente mediador de las comunicaciones secretas entre Lamartine y Negrier. El general estuvo siempre dispuesto á recibir al gobierno en Lille en caso de retirarse de Paris, ó á marchar sobre Amiens ó Abbeville al primer llamamiento que el gobierno hiciese á estos departamentos para acudir al socorro de Paris. Esta reserva del ejército del Norte, á las órdenes de un general resuelto y fiel, era el último recurso de Lamartine, y el que le inspiraba alguna tranquilidad, no para sí, si-

no para los parisienses y para la Francia, porque sabia muy bien que si la demagogia llegaba á triunfar, seria su primera victima, pero no dudaba del porvenir. El ejército, que en diez dias podia reclutarse en el Norte con veinte mil guardias nacionales de los departamentos del Norte, del Este y del Oeste, no podia dejar de ahogar en su misma sangre á los dictadores del comité de salud pública, que meditaban la renovacion de las tiranias de 1793. En los mas graves trances del gobierno; semejante reserva tranquilizaba el espíritu de Lamartine, y el nombre de Negrier resonaba secretamente á su oido como la última esperanza, ó al menos, como la venganza cierta de la sociedad trastornada; pero no confiaba á nadie estos pensamientos por temor de atraer sobre Negrier las sospechas y las acusaciones de los demagogos.

XIV.

Tranquilo por esta parte, resolvió hacer esfuerzos de otra clase sobre el espíritu y el patriotismo de los principales gefes de las sectas, de las opiniones, de los clubs y de los diarios extremos, únicos que tenian entonces poder bastante para conmover á Paris, y sin los cuales los mas atrevidos no podian nada con el pueblo. Si fracasaba en sus intelijencias con ellos para obtener paciencia, razon y moderacion hasta el dia de las elecciones generales, consultaria con sus amigos del gobierno y estarian dispuestos á un combate desesperado entre los dos campos de la república en Paris. Si, por el